

RESEÑAS

GILBERTO CONDE, *Turquía, Siria e Iraq: entre amistad y geopolítica*, México, El Colegio de México, 2013, 192 pp.

Gilberto Conde es una persona de varias inclinaciones intelectuales. Proviene de una disciplina fundada en las ciencias duras, la ingeniería bioquímica. Desde temprano supo conjuntar esa formación con preocupaciones de índole política y social, lo que se evidencia ya en su tesis de licenciatura. Hace más de una década que viene estudiando de modo preferente los problemas ligados a la disponibilidad de agua en lo que suele denominarse Medio Oriente, un ámbito donde, como en el noroeste mexicano, predominan las zonas áridas. A las vicisitudes suscitadas por los recursos hídricos en la región dedicó sus tesis de maestría y de doctorado. El libro que comentamos se origina en ambas pesquisas, particularmente en la segunda, en que se agrega Iraq a Turquía y Siria, los dos países estudiados en la de maestría. Básicamente, el libro que comentamos desarrolla lo que en la tesis doctoral daba contexto y facilitaba la comprensión del conjunto, pero también es mucho más.

Tres países mutuamente limítrofes, enlazados por el Éufrates y el Tigris y desprendidos del plurinacional, pluriétnico y plurirreligioso Imperio Otomano. Es una historia de vaivén, con las consabidas injerencias externas, regionales y extrarregionales, notorias desde la primera hora, cuando a la vuelta de la gran guerra europea se desmembró el imperio, fue proclamada la república turca y en Iraq y Siria se instalaron sendos mandatos, británico y francés respectivamente. Central para la investigación es determinar los factores que contribuyen al conflicto y los que propician la colaboración en las relaciones entre los tres países. En condiciones normales, compartir límites representa una mayor probabilidad de transacciones e intercambios, comparado con la condición de los países no limítrofes. Pero, desde luego, los intercambios entre colindantes no siempre son pacíficos: son posibles la hostilidad, la interrupción de rela-

ciones, las invasiones, etcétera. Los ejemplos de conflicto entre Estados limítrofes son muchos en el globo, incluso en el caso de naciones divididas, como el actual contencioso entre Corea del Norte y Corea del Sur o la áspera coexistencia que todavía hace un cuarto de siglo se daba entre las dos Alemanias.

Se trata de una investigación en tres tiempos y un importante añadido microtemporal, representado por el epílogo. Tras la Introducción, se presenta la base material (incluido el sector servicios): las economías, con varios cuadros estadísticos, donde, con fines comparativos, se incluye México entre unos discretos paréntesis. En el capítulo siguiente se examinan las relaciones mutuas de los tres países durante el siglo pasado, desde la fragmentación del Imperio Otomano hasta la implosión del campo socialista europeo y las proyecciones de la desaparición del sistema bipolar. El capítulo tercero se destina a lo que va del siglo XXI e intenta responder a la pregunta de si hay un cambio de paradigma en las relaciones internacionales. Por último, el epílogo, que se justifica por el peligroso escalamiento de la violencia en Siria, procura dar cuenta de la situación actual (a octubre de 2012) y sus proyecciones subregionales, regionales y mundiales, particularmente de cara a las grandes potencias. Al final vienen tres muy útiles mapas, que respectivamente despliegan la región, la subregión y las cuencas del Tigris y el Éufrates, desde su nacimiento en Anatolia hasta su desembocadura en la breve costa iraquí.

Yo llamaría la atención sobre el cuidado que se ha puesto en proporcionar al lector elementos para comprender la problemática en juego. Se hace hincapié en la importancia de los recursos energéticos y de la posición geográfica en varias encrucijadas regionales, continentales e intercontinentales relevantes. En las conclusiones, tanto en el apartado así denominado como en el discurrir del texto, predomina la prudencia: muestran un deseo de no ser demasiado tajantes. Como es natural, ocupa un lugar destacado en la investigación la estrategia estadounidense a partir de la segunda gran guerra. Se revisa la debatida cuestión de los alcances de la supuesta pretensión de constituir un imperio, tomando en consideración el llamado Proyecto para un Nuevo Siglo, iniciado por un grupo de neoconservadores estadounidenses hacia 1997; se examinan algunas razones

del fracaso parcial de los designios del gobierno de Bush hijo y las modificaciones sobrevenidas durante la primera administración Obama.

Me parece interesante la atención que se presta a lo estructural. Habitualmente, se entiende la estructura por oposición a la coyuntura. A ratos parecería que el texto homologa lo estructural a lo de larga duración, entendida ésta al estilo de Fernand Braudel y discípulos. La serie de componentes estructurales o sistémicos, si se prefiere, ha de suplementarse con las solidaridades entre ellos, destacando de tal forma lo que los organiza. El término *orgánico*, utilizado por algunos autores, pone de relieve esta característica. Al respecto, es significativo que Gilbert Achcar hable de relación orgánica de la cúpula siria con la familia del presidente, como refiere Gilberto Conde al discutir la violenta represión del régimen sirio a pesar de la resistencia abrumadoramente pacífica. El apartado final del capítulo dedicado al siglo veinte, sobre la estructura de las relaciones de Turquía, Siria e Iraq, permite al lector atento establecer los vínculos implícitos.

Un aspecto esencial de la obra, constantemente presente, es el fin, ya apuntado, de proporcionar elementos que permitan modificar la realidad examinada con miras a fomentar una armónica complementación; es decir, no se trata de un simple anhelo pacifista. Ahora más que nunca, dado que en mayor o menor grado los tres países y los pueblos que los habitan no han sido inmunes al horror que viene golpeando cotidianamente a gran parte del mundo islámico, no deja de ser saludable sostener posturas de avenimiento entre aquéllos, por improbables que puedan parecer en el corto plazo acuerdos que sean fructíferos en el mediano y el largo plazos. Se percibe con claridad en el trabajo el afán de buscar compromisos satisfactorios para los distintos agentes; en este caso, el trío de países y una población, la de los curdos, que se reparte entre sus dominios e Irán (sin contar los grupos menores en regiones diversas del planeta). A mi modo de ver es de destacar la convicción expresada por Conde de que es indispensable que los intereses de los pueblos tengan la última palabra, lo cual queda especialmente de manifiesto al final del estudio propiamente dicho, en un pasaje que presenta como meta, centrándose en la energía y el agua,

la creación de un organismo análogo a la Comunidad Europea. (Conclusión, p. 137.) La idea de lo prioritario del interés de los pueblos se retoma en el epílogo y en un artículo en gran medida coincidente con éste, aparecido en la sección de Asia y África Actuales de esta revista, del segundo cuatrimestre de 2013: “Desafíos de la revolución Siria: nuevas mutaciones en las relaciones entre Turquía, Siria e Iraq”. Ambos textos giran sobre todo en torno de las repercusiones de la guerra civil siria en los otros dos países y en el seno de las comunidades curdas. En los tres pasajes, Gilberto previene sobre la dificultad de determinar cuáles son esos intereses. Creo que está pensando, en primer lugar, en los observadores externos, pero no de manera exclusiva. Y también creo que percibe como indispensable que los pueblos decidan. Los gobiernos y los sistemas establecidos acostumbran alegar la existencia de intereses turbios o diáfanos de élites o grupos internos o externos. No es que esos intereses no existan; la cuestión es que generalmente los movimientos sociales no se reducen a esos intereses, no se deben a ellos. El gobierno turco, declarándose temeroso de motivos espurios de la oposición, lejos de acceder a las demandas democráticas lanzó una represora respuesta a las recientes manifestaciones en la plaza Taksim. Las demandas estaban allí, independientemente de la injerencia de grupos internos y externos, cuya meta fuera la desestabilización del gobierno a través del desorden.

Por desgracia, aun descontando la más o menos habitual injerencia de élites interesadas, no hay garantía de que los pueblos o las masas o individuos de a pie, coaligados o aislados, sostengan posiciones no agresivas o de conciliación hacia los otros. El autor menciona al comienzo del libro el papel a veces negativo de lo que Benedict Anderson llama mitos fundadores, que no debemos considerar los únicos elementos potenciales. Un ejemplo espantoso de acción violenta de pueblo contra pueblo, en un siglo de frecuentes espantos, es el de hutus y tutsis en Ruanda, que desde luego no se explica sólo por los mitos fundadores. Dentro del campo mediooriental es difícil negar la participación de numerosos curdos en las matanzas de armenios cuando agonizaba el Imperio Otomano. Pese al encuadre e instigación de las autoridades imperiales de entonces,

representadas por oficiales turcos o turcohablantes, también hubo participación de montañeses curdos, libremente asumida, aunque espoleada por viejos agravios. En Turquía, el dirigente curdo Ahmed Turk ha reconocido hace poco la participación de curdos en las matanzas. No quiere decir, naturalmente, que todos los curdos de entonces y los subsiguientes son culpables. Hubo entre ellos quienes protegieron a los armenios acosados. Por otra parte, recordemos a las víctimas curdas de Halabya a manos del famoso nativo de Tikrit y sus secuaces. Es obvio que de un mismo conjunto humano pueden salir victimarios y víctimas. Si nos detenemos en el Levante, observaremos que en las encuestas de opinión no es fácil discernir una actitud masiva de apoyo entre israelíes al regreso de los palestinos que fueron expulsados cuando se creó el Estado de Israel y más tarde, sobre todo, aunque no solamente, en la guerra de 1967; o en contra de la continua expropiación de tierras, o de la construcción del muro. Es verdad que los gobiernos del globo manipulan (hasta cierto punto) la opinión; pero, igual a como sucede con las personas aisladas, no hay certeza de que a falta de manipulación las actitudes de las masas sean de buena voluntad hacia los ajenos. A lo largo de la historia humana, en las frecuentes suplantaciones de pueblos, los agresores han solido conservar una disposición belicosa para con los que han sido desposeídos o sojuzgados por ellos. Tampoco la falta de manipulación de las élites hace que las visiones de los muchos se ajusten a la realidad; asimismo, no basta con disponer de una información cabal ni con que los pueblos se conozcan bien, como suele afirmarse con cierta ligereza. No olvidemos que la profesión de espía se ejerce a través del conocimiento. Por otra parte, si hay fuerte división dentro de un pueblo, como vemos en los tres países, incluidas las poblaciones curdas, no podrá hablarse de intereses del pueblo sin más; la mejor opción, no por fuerza inmejorable, sería que hubiera democracias funcionando, que decidieran las mayorías respetando a las minorías y a los demás pueblos.

Será preciso, entonces, atender a una multiplicidad de agentes capaces de encarrilar intercambios pacíficos y provechosos para el mayor número. En primer lugar, no hay que perder de vista a los actores internacionales. A veces exageramos, queriendo dar a entender más de lo que la realidad permite; así, se

habla de comunidad internacional, intereses nacionales, seguridad nacional, cuando en verdad a menudo se trata de parcialidades. ¿Las decisiones de la comunidad internacional son lo que deciden los pocos con megapoder? Está muy presente en el libro la distinción entre élites y pueblos, y entre autoridades y sociedad, distinciones que desde luego son válidas, aunque no siempre quedan asumidas. A cada paso se mencionan en la obra consideraciones geopolíticas y geoestratégicas. En un trabajo anterior, Gilberto Conde se acoge a una distinción relativamente en boga sobre el concepto de geopolítica, según el predominio o no de factores ideológicos. Aquí queda claro, en todo caso, que se opta por una concepción que admite la operatividad desde la óptica de los agentes internacionales.

¿Por qué, frente a conflictos mayores, esos agentes, incluidos los regionales y locales, han tendido a descuidar la búsqueda de soluciones negociadas, hasta agotarlas de verdad, en vez de apresurarse a declararlas agotadas después de intentos exiguos o insinceros? El caso de Libia es palpable. Es verdad que había un sector de los opositores a Gaddafi que había optado por la vía armada, particularmente en el este del país, y que propiciaba la creación de una zona de exclusión aérea; pero no me cabe duda de que no se hizo ni de lejos lo humanamente posible por alejar la violencia, que en última instancia perjudica a la mayoría de la población. ¿Por qué la “comunidad internacional” logró, mediante negociaciones, que Gaddafi se aviniera a liquidar su proyecto nuclear y, sin embargo, esa misma comunidad no siguió la misma ruta a fin de asegurar un desenlace menos dañino que incorporara el respeto a los derechos humanos? La semana pasada, al leer un artículo de *Foreign Affairs* (septiembre-octubre 2013: Akbar Ganji, “Who Is Ali Khamenei? The Worldview of Iran’s Supreme Leader”), me enteré con cierta sorpresa de que Jamenei planteaba algo semejante; no debería sorprendernos demasiado, sin embargo, en vista de los probables objetivos del líder supremo iraní. Hoy, el dictador libio ya no está y algunas cosas han mejorado, pero la situación en el país no puede calificarse ni de próspera ni de democrática. De nuevo están sobre la mesa letales misiones humanitarias contra Siria. Es extraño que desde los primeros meses del movimiento sirio algunas potencias invocaban, como única salida, que al-Asad

dimitiera. Habría algo que añadir sobre las teatrales líneas rojas, en relación con el uso de armas químicas o de otra índole. Remito al interesante *blog* de Stephen Walt sobre la predilección de los gobiernos estadounidenses por las soluciones armadas en detrimento de la diplomacia (“Which Works best: Force or Diplomacy?”, *Foreign Policy*, 21 de agosto).

Parecería que para resolver de manera pacífica los conflictos no es suficiente lo que llaman una cultura de paz; como quiera, de darse tendría que compartirse entre los fuertes y los débiles. Quizá hayamos sido muchos los que nos hemos preguntado por qué en Siria los manifestantes siguieron saliendo a la calle cuando francotiradores y cuerpos regulares comenzaron a tirar a matar. Seguramente pesó el que incluso si no salían a la calle iban a ser cazados y torturados, en consonancia con el historial de una dictadura más que cuarentona, algo muy semejante a las prácticas de la empedernida y ahora remozada dictadura militar egipcia. En cuanto a hombres armados entre los manifestantes, puede hablar uno de legítima defensa y, posiblemente, también de provocadores. Vale la pena investigar con claridad. Otros personajes insurgentes, y quienes los patrocinaban, ya tenían claro que deseaban un enfrentamiento armado, sin fijarse mucho en los costos humanos. Vienen a la mente valedores como los regímenes de Arabia Saudita y Qatar, que harían bien en *primaverizarse, motu proprio* o mediante algún estímulo.

Antes de terminar, me permitiré un par de sugerencias marginales para una segunda edición. Convendría indicar qué método se empleó en los cuadros del primer capítulo para amalgamar las fuentes en los casos en que se tomó más de una. La cuestión resulta pertinente en vista de que, tal como el propio autor observa, las informaciones de las distintas fuentes no siempre cuadran entre sí. En el plano de los intercambios y las comunicaciones sería provechoso indicar carreteras y vías férreas, y su importancia, así como tráfico aéreo de pasajeros y mercancías, y el grado de afectación de las comunicaciones debido a la violencia.

RUBÉN CHUAQUI
El Colegio de México

JEAN-PIERRE FILIU, *Le nouveau Moyen-Orient. Les peuples à l'heure de la révolution syrienne*, París, Fayard, 2013, 399 pp.

Es común escuchar o leer de observadores, analistas y medios de comunicación que la duración y las múltiples facetas de la crisis que vive Siria desde marzo de 2011 son principalmente el resultado de las políticas de poder de las grandes potencias. Jean-Pierre Filiu aporta una interpretación alternativa, original y pertinente, para aprehender en toda su magnitud la revolución en marcha en ese país: la internacionalización ocurre desde abajo, esto es, desde la población siria en plena recomposición. Para el autor, la propia dinámica de movilización de la lucha siria a favor de la autodeterminación desembocará en un declive del sistema regional, un sistema cuyo centro ha ocupado Siria “más seguido para mal que para bien”; de hecho, el título de la obra resume a la perfección este argumento: Medio Oriente y sus pueblos se renovarán con la revolución siria. No con la sublevación egipcia, la libia o la tunecí, sino con la movilización del pueblo sirio y el fin de la dinastía Asad.

Filiu, profesor universitario francés, historiador y arabo-parlante, especialista de Medio Oriente y el islam, de gran prestigio en Europa y Estados Unidos, no niega el lugar y papel centrales que tiene ese país árabe como cruce geoestratégico global, pero nos invita a recordar que esta revolución y sus múltiples facetas surgen ante todo de las profundidades de la sociedad siria y de los frágiles pilares sobre los que se apoyó el régimen del Ba'th desde los años sesenta. Uno de esos pilares ha sido su política exterior, que el autor examina de manera transversal a lo largo de la obra. En efecto, la dinastía Asad tuvo la suprema habilidad de persuadir acerca de que lo que era bueno para el régimen era bueno para el Estado. Esta amalgama nunca logró suscitar la adhesión espontánea de la población siria; de ahí que el régimen buscara siempre ser legitimado por el exterior, en particular por los dirigentes estadounidenses y árabes, y que se obsesionara por controlar las “cartas” libanesa y palestina.

En la primera parte, Filiu sintetiza magistralmente miles de años de rica pero también tortuosa historia, con que se comprende el lugar central y el papel complejo que ha tenido

Siria en su entorno. Siria vio su territorio desmembrado y pasó, bajo tutela europea, sobre las ruinas del Imperio otomano contra la voluntad de su población; nutrió, con ello, teorías de la conspiración, cuestionamientos sobre la legitimidad de esa construcción nacional artificial y un arabismo virulento luego de la independencia. Hizo falta un cuarto de siglo más para que Siria fuera al fin independiente; después vino otro cuarto de siglo de crisis recurrentes antes de la llegada de la dinastía Asad. Con Hafez al-Asad, nos dice Filiu, una “Siria inacabada, reencontró la conciencia de ella misma y su importancia”. Por mucho tiempo juego de las rivalidades interárabes, Damasco buscó posicionarse en el centro de un Medio Oriente cuyas reglas Asad buscó reformular en su propio beneficio. El partido Baas se transformaba progresivamente en organización de masas, al tiempo que cuidadosamente definía los estratos de la arquitectura regional que protegerían al sistema: el acuerdo con Israel sobre el Golán de 1974, la intervención en Líbano a partir de 1976, el apoyo financiero de las monarquías del Golfo, el apoyo militar de los soviéticos, y la garantía estadounidense de ese sistema a cambio de la paz con Israel. Este sistema facilitó al régimen la pacificación del frente interno en los años ochenta, en un ambiente regional sumamente volátil. La esterilización de la vida política permitió asegurar la fluidez de la transición en 2000, y acolchonar el *shock* del retiro de Líbano en 2005. Pero muy pronto la fragmentación de los círculos de poder mostró lo difícil que resultaba al sistema adaptarse: no sólo los anhelos democráticos de la “Primavera de Damasco” fueron duramente reprimidos, sino que además el capitalismo salvaje y los servicios de inteligencia pudieron extender como nunca antes sus tentáculos a todas las escalas de la vida social y política.

En una segunda parte, el autor reconstruye la secuencia de las diferentes “estaciones” de la revolución siria: en 2011, la primavera de los comités, el verano de las ciudades, el otoño del Consejo Nacional Sirio, el invierno de las masacres; en 2012, la primavera de la ONU, el verano de la sacudida, el otoño de las decisiones. Esta lectura por estaciones no supone una visión lineal y homogénea de la historia; simplemente, sirve a Jean-Pierre Filiu para desmenuzar el proceso de internacionalización y mostrar que no ocurre desde arriba y que el Estado sirio no es

el único actor legítimo de esta crisis. Nota cómo en cada ciclo la lucha por la emancipación va minando progresivamente los dispositivos internacionales que protegían el sistema de Asad, y cómo los estratos de la arquitectura de seguridad se van desmoronando uno a uno, con el propio régimen como el artífice de su destrucción. La arrogancia y la ceguera del régimen lo llevan a poner fin al “tabú del Golán” y a que sus aliados Hezbolá e Irán sean señalados como traidores y asesinos. En el mundo imaginario del joven Bashar al-Asad se designa un nuevo Sykes-Picot, pero esta vez Damasco puede contar con la complicidad de Rusia y China. Filiu muestra de manera fascinante y novedosa el juego de Doha y Riyad, de Teherán y Washington, los kurdos, al-Qaeda y la ONU, así como sus consecuencias para la transición siria. La manera como presenta Filiu los juegos de poder y rivalidad entre potencias regionales e internacionales pareciera contradecir su argumento principal, pero sólo a primera vista; esta crisis se ha prolongado porque las fuerzas revolucionarias no sólo deben enfrentar la barbarie del régimen sino también deshacer los nudos de las injerencias extranjeras. El autor reconoce, de manera equilibrada y sin ser condescendiente, que si bien el régimen ha sido “parásito de las crisis regionales”, su nacionalismo diplomático defensivo no puede atribuirse al autoritarismo ni al baasismo exclusivamente.

En el recuento de las estaciones, el autor nos contagia de su frustración e impotencia ante la tragedia en curso, pero también de su admiración y entusiasmo por la lucha del pueblo sirio. Explica por qué el mes de Ramadán de 2011 es un parteaguas en la crisis e invita a mirar la “revolución cultural”, que recompone cotidianamente redes de solidaridad horizontales mediante las cuales los sirios se reapropian de su ciudadanía. Filiu también muestra los efectos nefastos del precedente libio para la cohesión y el papel del Consejo Nacional Sirio, creado en octubre de 2011 y que, según el autor, ha mostrado ser más transparente y legítimo que lo que era el Consejo Nacional de Transición libio al inicio de la revuelta contra Qaddafi. Brevemente, también explica la oportunidad que la revolución siria ha representado para las reivindicaciones de refugiados iraquíes y palestinos. El libro cobra energía a medida que Filiu identifica actores, fuerzas y procesos con base en la infor-

mación de primera mano con la que cuenta, así como en su amplia experiencia de vida en Siria y de contacto con sirios en el exilio pertenecientes a distintas corrientes políticas e ideológicas. Junto con el autor y los agentes del cambio, el lector oscila entre el desconcierto, la indignación y la esperanza. Filiiu cierra la obra con diez lecciones revisitadas y una reflexión sobre la revolución y la contrarrevolución, así como con anexos con la cronología de la revolución y mapas de las principales batallas en ciudades y zonas rurales, que ayudan a dimensionar la complejidad del territorio sirio y su fragmentación, más dos índices, uno onomástico y otro de lugares.

A más de dos años de iniciada la sublevación popular siria, Filiiu ha querido ofrecer importantes lecciones y elementos para meditar. Reconoce que no es posible entender en estos momentos toda la complejidad de lo que sigue en curso, pero está convencido de que la emancipación ciudadana de los sirios deshará el sistema regional por su propia dinámica de movilización. Como académico comprometido, Filiiu se distancia de los discursos abstractos y utópicos que son inútiles como guía de acción, favorecen la contrarrevolución y prolongan la agonía del pueblo sirio. En ese sentido, esta obra constituye un atinado recordatorio acerca de la responsabilidad que tiene todo investigador y docente de difundir información y conocimiento sólidos para mantener el alto nivel de discusión pública sobre el devenir de Siria y su papel en la reconfiguración de Medio Oriente.

MARTA TAWIL
El Colegio de México

YONG CHEN, *¿Es el confucianismo una religión? La controversia sobre la religiosidad confuciana, su significado y trascendencia*, México, El Colegio de México, 2012, 238 pp.

Éste es un libro mucho más complejo de lo que nos anuncia el título. Más que un libro sobre confucianismo para el cual es necesario tener cierto conocimiento a fin de leerlo, es un li-

bro sobre China, sobre tradición y modernidad, percepción y autopercepción, identidad o, como dice el autor, sobre “la conciencia de la discontinuidad entre tradición y modernidad en la experiencia china” que “ha sido condicionada por la forma en que el confucianismo se vincula con la categoría occidental de religión” (p. 213). Desde el siglo XVII, para Occidente, el confucianismo ha sido lo que representa a la tradición china, a China misma. Al mismo tiempo, para los intelectuales chinos, la tradición confuciana es el hilo conductor de la identidad de esa nación, que a pesar de ostentar una civilización de más de 5 000 años, ha experimentado humillaciones y la desintegración de su tradición desde fines del siglo XIX. La discusión sobre la religiosidad del confucianismo es una reivindicación de la peculiaridad de la tradición china, pero al mismo tiempo implica adoptar categorías occidentales para llevarla a cabo. Lo que es notable del confucianismo es su permanencia y resistencia a través de los siglos, que lo hace el sobreviviente más famoso de la historia. A partir del siglo VI a.n.e., al principio fue una escuela de pensamiento filosófico; fue perseguido por sus planteamientos políticos y éticos en el siglo III a.n.e.; se tornó en culto del Estado y fundamento del sistema imperial chino; fue propuesto como proyecto de religión, señalado como el causante del atraso de la nación china, declarado incompatible para una China moderna y marxista, y finalmente resurge en la actualidad como tema central en la búsqueda de la esencia de China y de su lugar en un mundo contemporáneo. Nos dice el autor: “la historia de la controversia sobre la religiosidad confuciana permite apreciar que los esfuerzos académicos por introducir al confucianismo en la categoría de religión se han visto seriamente comprometidos por las prioridades culturales y sociopolíticas de la élite intelectual china” (p. 117).

Para Confucio, sus contemporáneos, sus discípulos y en general los exponentes del pensamiento confuciano, sería muy extraña la pregunta de si es una “religión”. Incluso, el término religión en chino, *zongjiao*, es una construcción de *zong*, que se refiere al culto a los ancestros, y *jiao*, que significa doctrina o enseñanza. El maestro Kong o Confucio (quien fue bautizado así por los jesuitas) pertenecía a la escuela *ru*, o *rujia*, cuyos adeptos en el pasado podían haber tenido un origen sacerdotal, con co-

nocimientos de los ritos, de la historia, de la poesía, etcétera, y sobre todo que sabían cómo se debían conducir las ceremonias. Entre ellos, Confucio fue la mayor figura; fue quien compiló los libros clásicos que conforman el corpus de la tradición escrita de China, y quien secularizó creencias tradicionales (como, por ejemplo, el culto a los ancestros) dándoles un toque humanista e incorporándolas en el deber ser moral de los seres humanos. En la dinastía Han, el confucianismo fue declarado culto del Estado y fue la ideología sustentada por las clases dominantes pero con una clara penetración en las clases más populares; éste podría ser el principio de lo que alimentaría mucho más tarde la discusión sobre la posibilidad de considerar el confucianismo como una doctrina o religión (*rujiao*).

El budismo fue considerado por la clase de los letrados como un peligro, por su origen extranjero y por la popularización de creencias consideradas supersticiosas. El confucianismo entonces debió adaptar sus enseñanzas e incorporar elementos de trascendencia que no estaban presentes en el confucianismo clásico. El resultado fue lo que conocemos como neoconfucianismo, desarrollado en las dinastías Song y Ming. Pero, ¿la oposición al budismo significa que en China no existieron prácticas que puedan considerarse religiosas? El mito de una China racionalista y agnóstica ha sido puesto en duda por el sociólogo funcionalista C. K. Yang, quien señala que a través de los siglos si bien en China no hubo una religión institucionalizada sino difusa, los chinos han tenido (y tienen) todo tipo de creencias, que incluyen deidades, espíritus, fantasmas, astrólogos, adivinos y una gran proliferación de templos daoístas, budistas y hasta confucianos. Yang, haciendo uso de una definición inspirada en Joachim Walch y Paul Tillich, ve el confucianismo “como una doctrina sociopolítica con cualidades religiosas” (p. 149).

La verdadera controversia sobre si el confucianismo es una religión comienza en realidad con el jesuita Matteo Ricci, en el siglo XVI. El esfuerzo evangelizador de los misioneros se enfrentó con una civilización antigua y arraigada en una larga tradición que hacía difícil la conversión; sin embargo, dentro de esta tradición, Ricci descubrió que el confucianismo tenía valores morales y conceptos equiparables con el cristianismo y podría constituir un paso hacia la aceptación de la doctrina

cristiana. El intento de evangelización de los jesuitas, quienes se enfrascaron en una polémica con otras órdenes y con el Vaticano sobre su aceptación de ritos confucianos considerados por algunos como paganos, culminó con la expulsión de la orden en 1723.

Hasta fines del siglo XIX los pensadores chinos se habían mantenido ajenos a la discusión sobre la religiosidad posible del confucianismo. En esa época China ya había sufrido derrotas y humillaciones, como las guerras de opio y la guerra con Japón, que habían sacudido y traumatizado a la clase intelectual. Fue cuando las propuestas para encontrar un remedio a esta situación y modernizar a China tomaron diferentes derroteros pero centrándose en el confucianismo, sea para su importancia para realizar el cambio necesario o para denostarlo como un escollo para ese cambio. El mayor exponente de defensa del confucianismo fue Kang Youwei, quien propuso que el confucianismo fuera declarado religión del Estado a fin de “preservar al país, la raza y la enseñanza”. La idea decimonónica de modernización de Kang Youwei incluía la necesidad de tener una religión, y luego de modelar su tesis sobre el cristianismo e interpretar la religión desde su trascendencia ética más que teológica, afirmaba que los valores chinos son superiores a los occidentales y pueden ser la base incluso para una religión universal. La contraparte a esta propuesta ha sido la posición de los intelectuales del movimiento del 4 de mayo de 1919, quienes atacan al confucianismo por considerarlo un elemento conservador y elitista y el mayor impedimento para la modernización y el progreso. Esta corriente tuvo paladines que iban desde el liberal Hu Shi hasta el marxista Chen Duxiu, para quienes de nada sirve inventarse una religión que de ningún modo ayuda en la búsqueda de la democracia, la ciencia y la igualdad.

La propuesta de Kang Youwei no ha desaparecido totalmente y en la actualidad hay dos ramas de su iglesia: una en Hong Kong que considera el confucianismo una religión de “la vía humana” y se dedica a difundir las enseñanzas humanistas de Confucio, y otra en Indonesia que tiene características mucho más apegadas a una religión organizada con la creencia en un dios trascendental, Tian, y un profeta que es Confucio.

Los ataques en contra del confucianismo en el periodo de transformación de la historia moderna de China significan, de algún modo, la pérdida de sentido y la desintegración de la cultura china, y es la búsqueda de ese sentido la que ha impulsado los estudios modernos sobre el confucianismo y la discusión sobre su significado como parte esencial de la cultura china, para examinar su naturaleza como filosofía, ideología, religión etcétera. Hay que destacar que esta discusión se universalizó entre pensadores chinos, al participar en ella estudiosos arraigados en China, Taiwan, Hong Kong y Estados Unidos debido, entre otras cosas, a la diáspora de académicos después de la revolución de 1949. De esta discusión sobresalen tres escuelas de pensamiento: el liberalismo, el marxismo y el conservadurismo cultural. Ni el liberalismo ni el marxismo han sido capaces de responder a la crisis que desencadenó la búsqueda de sentido en China moderna y es el conservadurismo cultural, especialmente el nuevo confucianismo, el que ha hecho el intento más serio en esa tarea. Dentro del nuevo confucianismo hay diferentes propuestas, una de las cuales sería definir el confucianismo como una religión a fin de darle cohesión al problema de la unidad cultural de China.

Ya en el terreno más concreto en el que se intenta definir el confucianismo como religión, extrarreligión o cuasi religión, el autor considera necesario definir los términos que se emplean para el concepto de religión. Nos dice: “El discurso de la pregunta ‘¿Es el confucianismo una religión?’ está formulado en primera instancia como un constructo, y se le tiene que tratar conforme a los parámetros de la epistemología” (p. 117). De la controversia sobre la religiosidad del confucianismo se generan nuevas ideas, tanto sobre religión como sobre confucianismo. El concepto de religión es esencialmente eurocéntrico y la dificultad de aplicarlo al confucianismo es de naturaleza lingüística, ideológica, epistemológica, etcétera.

Ya se ha dicho que a la luz de varias definiciones de religión puede llegarse a la conclusión de que existen múltiples manifestaciones de religiosidad en China, pero ¿hasta qué punto tienen algo que ver con el confucianismo? En la búsqueda de elementos de religiosidad en el confucianismo cabe señalar algunos, como el énfasis en los sacrificios, la mención del Cielo

Tian, el reconocimiento del destino *ming*, la interacción entre el Cielo y el ser humano, el culto a los ancestros. Falta obviamente una creencia en Dios... Estudiosos como Tang Junyi y Mo Zongsan, con una perspectiva metafísica, exploran la dimensión religiosa del confucianismo mediante paradigmas y marcos de referencia cristianos, considerándolo una “religión ética” o una “religión humanista”, mientras que Tu Weiming afirma que el confucianismo es “religioso”, pero no es una religión. Después de 1978, los estudiosos de China, liberados del peso de la Revolución Cultural pero con antecedentes marxistas, se unen a la discusión, y Ren Jiyu encuentra que hay elementos religiosos en el confucianismo sobre todo a la luz del neoconfucianismo Song y Ming, aunque Feng Yulan y Zhang Dainian lo consideran una filosofía mientras que Li Zehou lo ve como una “cuasi religión” pues cumple una función similar.

El meollo de la discusión sobre el confucianismo parece ser el de encontrar una respuesta al desafío de la modernización e identificar a la civilización china con el confucianismo (especialmente con el neoconfucianismo), comprender la relevancia de la cultura china en la era moderna y de algún modo afirmar que China tiene equivalencia cultural o superioridad cultural sobre Occidente. Del neoconfucianismo se destaca la unidad del Cielo y del ser humano, *tianren heyi*, lo que hace que la moralidad humana sea la del Cielo y “la perfección humana estrib[e] en preservar el sendero del Cielo” (p. 187). Esto se logra con el autocultivo, cuya meta es transformar, a partir del autoperfeccionamiento, al mundo en términos morales, una idea que tiene su culminación en el ideal supremo de *neisheng waiwang* (sabiduría interna y realeza externa); es decir, la perfección moral interna del individuo se manifiesta en su actitud y modo de enfrentarse con el mundo exterior. Desgraciadamente, a la luz de la historia moderna de China nos damos cuenta de que la sabiduría moral interna no fue suficiente para enfrentar los desafíos políticos, sociales y económicos de la sociedad tradicional ni tampoco la superioridad material de Occidente. El dilema no era desconocido en China ya que, en 1898, Zhang Zhidong había propuesto conservar la esencia china pero usar la función occidental (*tiyong*). En cuanto a la búsqueda de la democracia, los nuevos confucianos también afirman, con cierto

optimismo, que no hay contradicción entre confucianismo y democracia, puesto que en el confucianismo está arraigada la idea de la igualdad entre los seres humanos y todos son capaces de adquirir la sabiduría, o sea, la perfección moral. En cuanto a lo material, la preocupación por el bienestar de los demás ayudará a aceptar y adoptar los avances en ciencia y tecnología de Occidente.

En su afán por presentar al confucianismo a la vez como filosofía y como religión, los nuevos confucianos han enfrentado críticas; por, como ya se ha visto, la dificultad de adaptar el concepto occidental de religión, y porque hay quienes consideran que, por su interés en la práctica antes que en la teoría o la unidad de conocimiento y del comportamiento (*zhixing heyi*), no tiene las características occidentales de filosofía especulativa. También se le reprocha el haberse vuelto una discusión más bien académica y elitista y perdido su papel de inspiración cotidiana. Otro problema que ha dividido a los pensadores nuevos confucianos ha sido determinar cuál es la línea ortodoxa de la transmisión del confucianismo, *daotong*, según los lineamientos del filósofo de la dinastía Song, Zhu Xi.

En la actualidad, la discusión no ha terminado. El desvanecimiento paulatino del marxismo hace el estudio de la tradición china aún más importante. En lo material, se acepta sin remedio la occidentalización; sin embargo, ha surgido un nacionalismo espiritual encarnado en el *guo xue*, o sea, el aprendizaje de la nación. Según el autor, estudiar el confucianismo, es decir la base de la tradición china, es la manera de comprender la modernidad china; al mismo tiempo advierte que no puede estudiarse como una reliquia histórica como lo propone Levenson, sino, como señala Godamer, como parte integral de un proceso histórico, y concluye: “el significado de la tradición y modernidad en la experiencia china se entiende mejor si se la considera como un esfuerzo conjunto de diferentes factores que participan en su justa medida: la visión histórica y cultural manifiesta en la controversia, la aspiración ontológica y metafísica del nuevo confucianismo y la experiencia existencial y práctica de las iglesias confucianas” (p. 212).

Debo mencionar además un movimiento que surge en la primera década de este siglo y que implica la restauración de las

academias confucianas y la observancia de ritos tradicionales, que pretende dejar de lado las discusiones académicas y hacer del confucianismo una práctica viva. El exponente más famoso de este movimiento es Jiang Qing, quien pasa los veranos en la residencia Yangming, donde lee, discute con discípulos y recibe peregrinos.

¿Es el confucianismo una religión? Yong Chen no contesta directamente la pregunta sino que dice: “Lo que está en juego en el debate no es el análisis académico del confucianismo en la categoría occidental de religión sino el compromiso existencial de explorar la posibilidad y factibilidad de reinventar el confucianismo conforme a los compromisos de la modernidad” (p. 214).

He tratado de dar un panorama general de un libro difícil de reseñar por la riqueza de su contenido, el largo periodo que abarca, las consideraciones metodológicas que contiene; de todo esto es testigo la rica bibliografía, tanto de obras en chino como occidentales. Felicito a Yong Chen y no sé si he hecho justicia a su libro en esta presentación. Es un libro traducido del inglés y considero que el traductor, Abraham Navarro, ha hecho un excelente trabajo, que demuestra un buen conocimiento del tema. La edición está hecha con cuidado y, si puedo reprocharle algo, es la falta de un índice analítico que facilite la lectura.

FLORA BOTTON BEJA
El Colegio de México

DAVID SHAMBAUGH, *China Goes Global. The Partial Power*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2013, 432 pp.

David Shambaugh está en la cima de su ascenso como creador de investigación sobre China, particularmente la relacionada con políticas internacionales; igualmente, vive un periodo donde se encuentra más ligado que nunca a ese país: ha dado conferencias en universidades chinas y pedalea por Beijing con fluidez para evitar las incomodidades de los mecanismos de seguridad

gubernamentales. Por si fuera poco, se ha internacionalizado parcialmente a través de CNN y de Youtube (por ejemplo, www.youtube.com/watch?v=FBa3kCnwYsA). Paradójicamente, sobre todo por el nivel de su audiencia, lamenta que los especialistas ya no sean los depositarios del conocimiento a los que se recurre en busca de conocimiento.

En parte gracias a su frustración explícita frente a esa situación, pero también debido a sentirse insatisfecho por los enfoques teórico-metodológicos desdeñadores de la generalización, que no estudian las acciones chinas en el plano internacional en su totalidad, es posible contar con esta obra de Shambaugh, la cual está en la misma línea de sus estudios de años más recientes. La idea principal de *China Goes Global...* es que estamos frente a una China “altamente ambivalente en sus relaciones con el mundo, que solamente se ha integrado al sistema internacional de manera parcial”.

El libro cuenta ostensiblemente con una cualidad y una debilidad. La primera es no ofrecer concesiones al sentido común y a las percepciones que la masa (un)informada tiene sobre China. A partir de preguntas claves que se hizo para explicar los alcances y características del poder de China en el mundo, el autor afirma, sin cortapisas, que el poder global de los actores chinos es muy débil y desigual; profundiza y asevera que éstos no son tan influyentes o tan importantes como convencionalmente se cree. Por ello, no sorprende si una de sus conclusiones —la cual por momentos raya en el convencionalismo, posiblemente debido a la debilidad que analizaré después— es que estamos frente a un Estado realista que pretende maximizar sus intereses nacionales y su poder, que por lo mismo cuenta con miras estrechas debido a su egoísmo. Este Estado, según Shambaugh, no se preocupa por la gobernanza global; tampoco, de la aplicación de estándares globales de conducta. Por si fuera poco, es mercantilista, carece de aliados y sus acciones son guiadas por un nacionalismo revanchista en contra de los que le hicieron daño en el pasado.

Por su parte, la debilidad reside en su oferta teórica y en todo el convencionalismo que aparece en sus páginas. El autor propone una perspectiva teórico-metodológica totalizadora, en la línea de su propio trabajo anterior y de colegas como David

Lampton;¹ por ello, realiza una crítica a los paradigmas teóricos dominantes y analiza igualmente, con ojo crítico, algunas de las políticas gubernamentales que se han seguido para lidiar con los chinos. No obstante, dadas las dimensiones intelectuales de *China Goes Global...*, la aportación teórico-conceptual es insuficiente. Carece de la fuerza y originalidad de otros textos del autor aparentemente menos relevantes.² Además, entre los aspectos que podrían dejar al lector insatisfecho está la dependencia en definiciones de poder de autores ya casi convencionales, lo cual podría ser subjetivo; lo que no es subjetivo es la falta de elaboración teórico-conceptual.

Si bien por momentos es patente la falta de evidencia que sostenga sus afirmaciones (¿cómo demostrar que China es mercantilista?), eso no impide que el libro sea una aportación valiosa con elementos para el análisis y profundización del conocimiento sobre las políticas internacionales diseñadas en Beijing o Shanghái, por ejemplo. Uno de los aspectos más útiles para la comprensión de qué pasa en China es su análisis sobre la riqueza discursiva acerca del propio papel de China en el mundo. A partir de ello, el lector tiene acceso a una China diversa, sobre todo cada vez más multidimensional. La implicación podría ser, quiero creer, diseñar políticas adecuadas al perfil actual de los actores chinos.

En la medida en que estamos ante la multidimensionalidad, Shambaugh ofrece unas páginas ricas en contenido, distribuido en ocho capítulos, donde se enriquecerá el conocimiento aun si no se está de acuerdo con el análisis o con las aseveraciones plasmadas en el texto. El libro cuenta con dos pilares para el análisis de alcance multidimensional: por un lado, en el primer capítulo, ofrece elementos para entender el impacto global chino, originado en políticas específicas diseñadas por el liderazgo político desde fines de los años setenta; por el otro, en el segundo, expone los problemas relacionados con las identidades chinas y cómo se conforman, donde subraya la creación intelectual en el campo de las relaciones internacionales. Para explicar

¹ David Lampton, *The Three Faces of Chinese Power: Might, Money, and Minds*, Berkeley, University of California Press, 2008.

² Por ejemplo, "Asia in Transition: The Evolving Order", *Current History*, vol. 105, núm. 690, 2006, pp. 153-159.

cómo enfrentar a China, apoyado en los cimientos mencionados, el autor se ocupa de cinco temas esenciales para armar la multidimensionalidad: presencia diplomática, gobernanza global, presencia económica, cultural y en seguridad global.

El último capítulo, “Coping with a globalized China”, expone la importancia del pasado para los chinos en la perspectiva de relacionarse con un sistema internacional que China ignora o busca reformar. A continuación, al analizar qué tipo de poder es China, muestra que ésta aún no está lista para asumir un liderazgo global. En la parte final, Shambaugh hace el ya mencionado recorrido por diferentes enfoques teóricos para estudiar las políticas internacionales, los cuales considera testimonio de la incertidumbre relacionada tanto con el ascenso como con la globalización de China.

Shambaugh ofrece una visión multidimensional y totalizadora que abre las posibilidades para entender hacia dónde podría ir China en los próximos años. No obstante las divergencias que se puedan tener con el autor y la presencia de algunos atavismos, es un texto indispensable para los interesados en el tema. Lo es por sus fuentes, y sobre todo por el enfoque escogido para abordar el análisis de las políticas internacionales chinas.

FRANCISCO HARO
Universidad de Colima

PAVIN CHACHAVALPONGPUN, *Reinventing Thailand: Thaksin and his Foreign Policy*, Singapur, Institute of Southeast Asian Studies, 2010, 354 pp.

En el ámbito académico, la frase “es un tema poco estudiado” es una de las más utilizadas cuando se trata de justificar la elección de un tema para un libro o artículo. Este caso no es la excepción. De acuerdo con Chachavalpongpun, la *raison d’être* de su libro es clara: la política exterior de Tailandia ha sido poco estudiada, a pesar de que recientemente vivió “su momento más excitante” (p. xiii), durante el gobierno del pri-

mer ministro Thaksin Shinawatra (2001-2006). Cabe precisar que en este caso el argumento “poco estudiado” no es un cliché académico, es una descripción genuina del estado del estudio de la política exterior tailandesa. Basta con consultar alguno de los principales sitios de compra de libros por Internet para constatar la escasa oferta de materiales sobre el tema.

No obstante, la escasez de estudios sobre la política exterior tailandesa es real y es necesario señalarlo tal y como lo hace el autor; no coincido con él en que ésta sea la “razón de ser del libro”. Esta obra no presenta argumentos a favor de la importancia de prestar atención a la política exterior de Tailandia, ni siquiera discute su peso internacional; más bien analiza la política exterior del primer ministro más controversial que ha tenido este país: Thaksin Shinawatra; de esta manera, “la razón de ser” no es Tailandia ni la poca atención que ha recibido el estudio de su política exterior; la razón es Thaksin, un magnate de las telecomunicaciones que escaló audazmente hasta la cima del poder político de Tailandia. Como primer ministro se propuso “reinventar Tailandia”, y administrar el Estado como si se tratara de una compañía, donde él, como su CEO,¹ la convertiría en una nación del primer mundo y a sí mismo en “el líder asiático más famoso” (p. 97).

Sin embargo, no es la agenda de Thaksin para Tailandia el tema que llama la atención del autor, sino las estrategias de política exterior que implementó para realizarla y, especialmente, los intereses personales que ocultó detrás de ellas. Así, el argumento central de este libro es que Thaksin utilizó la política exterior de Tailandia como una extensión de su política doméstica y, particularmente, como una herramienta para ganar prestigio en los ámbitos nacional e internacional (p. 4).

Para ordenar la discusión de este tema, el autor divide su obra en siete capítulos: una introducción, cuatro capítulos que conforman el cuerpo del texto, las conclusiones y un epílogo. En la Introducción, Chachavalpongpun presenta un panorama general, casi perfecto, del contenido del libro. Es una introducción ligeramente extensa, pero precisa en el sentido de que

¹ Expresión que se utiliza en el ámbito de los negocios para referirse al director ejecutivo de una compañía. En inglés: *Chief Executive Officer*.

proporciona la información necesaria para entender claramente las reflexiones clave que apoyan su argumento:

1. El conflicto de intereses nacionales *versus* intereses particulares en la formulación de la política exterior adquiere una relevancia especial durante el periodo de Thaksin.
2. La “reinención de Tailandia”, a la que Thaksin aspiraba, requirió insertar cambios en: *a)* el contenido y las motivaciones, y *b)* el proceso de formulación de la política exterior. Para lograrlo, Thaksin buscó cambiar el esquema del pensamiento del Ministerio de Exterior en dos sentidos: reducir su rol al de un ejecutor de la política exterior (p. 47) y convertir a los embajadores y cónsules tailandeses en CEO cuya labor principal sería mantener y expandir los mercados de exportación de Tailandia (p. 13).
3. Thaksin desarrolló el concepto “diplomacia centrada en el pueblo” debido a su interés por utilizar las relaciones exteriores de Tailandia como un medio para incrementar su popularidad interna. Para Thaksin, este concepto indicaba que la diplomacia de Tailandia debía “responder a las necesidades de los tailandeses en el ámbito de la política exterior e involucrarlos en el proceso de elaboración de dicha política” (p. 5).²
4. Thaksin trató de alejarse de la práctica de “inclinarse con el viento”,³ con la que convencionalmente se ha identificado a la política exterior de Tailandia desde la Segunda Guerra Mundial.
5. Durante su mandato, Thaksin disfrutó de completo control sobre los asuntos exteriores de Tailandia gracias al dominio

² De acuerdo con Chachavalpongpun, la atención que este estudio presta a dicho concepto es uno de los aspectos principales que lo diferencian de otros (p. 5).

³ Dicha práctica también se ha conceptualizado como “diplomacia de bambú”, en referencia a la cualidad simultáneamente fuerte y flexible del bambú que le permite “doblar hacia donde el viento sopla” sin romperse. De acuerdo con el autor, esta política fue popularizada por las élites tailandesas, que siguieron la estrategia de ajustarse a cualquier postura que les asegurara relaciones amigables con las grandes potencias y, por lo tanto, que resguardara la soberanía e independencia del país (p. 72). Para una mayor discusión sobre este concepto, véase: Arne Kislenko, “Bending with the Wind: The Continuity and Flexibility of Thai Foreign Policy”, *International Journal*, vol. 57, núm. 4, 2002, pp. 537-561.

de su partido en el parlamento y a su estilo autoritario de gobernar (pp. 4-6).

Además de abrir la discusión de estos temas, la Introducción presenta una breve reseña de la carrera política de Thaksin y un esbozo de las características principales de su política exterior: centrada en el comercio, enfocada en Asia, con pretensiones de liderazgo regional, nacionalista y consistente (y consecuente) con la política interna. Cabe destacar que, aunque el autor señala que “la política exterior de Tailandia fue definida con base en la visión del mundo de Thaksin, la cual tiene una fuerte orientación hacia el éxito económico” (p. 6), la exposición y desarrollo de su figura y carácter y, por ende, de su “visión del mundo”, se encuentra muy dispersa. Apenas se menciona el éxito en el negocio de las telecomunicaciones que lo llevó a convertirse en uno de los hombres más ricos de Tailandia y su ascenso político es reseñado tan superficialmente que prácticamente se ignoran sus experiencias como ministro de Exterior (de noviembre de 1994 a febrero de 1995) y como viceprimer ministro (de 1995 a 1996, en el gobierno de Banharn Silpa-archa, y de 1996 a 1997, durante el gobierno de Chavalit Yongchaiyuth).⁴

El capítulo 2, “Bambú en el viento: la diplomacia tradicional tailandesa”, presenta una síntesis de la historia diplomática de Tailandia desde que el Reino de Siam⁵ estableció una relación tributaria con China en los últimos años del siglo XIII hasta el final del siglo XX, justo antes de que Thaksin se convirtiera en primer ministro. A pesar de que el espacio temporal que este capítulo cubre es muy amplio, el autor logró identificar acertadamente los sucesos más representativos de la tradición diplomática tailandesa. Con base en dicha identificación, Chavalpongpun señala las características generales que han

⁴Para mayor información sobre la carrera en el mundo de los negocios y el ascenso político de Thaksin, véase: Pasuk Phongpaichit y Chris Baker, *Thaksin: The Business of Politics in Thailand*, Tailandia, Silkworm Books, 2004. Reconocido como el primer libro en inglés sobre el “fenómeno Thaksin”.

⁵Siam fue el nombre con el que se le conoció a Tailandia hasta 1949. Para mayor información sobre el cambio de nombre de Siam a Tailandia, consúltese: Richard Cavendish, “Siam Officially Renamed Thailand”, *History Today*, vol. 49, núm. 5, 1999. [www.historytoday.com/richard-cavendish/siam-officially-renamed-thailand, consultado el 14 de marzo de 2013.]

persistido en su política exterior (pragmatismo, oportunismo y flexibilidad),⁶ pero que habrán de abandonarse durante el gobierno de Thaksin. Gracias a este análisis cualitativo de casi ocho siglos de política exterior de Tailandia, el autor puede explicar convincentemente el cambio paradigmático que representó el que Thaksin *a)* cambiara los objetivos tradicionales de mantener la soberanía e integridad territorial por otros de índole comercial (p. 66), y *b)* arrebatara del control de ciertas élites de poder los asuntos exteriores para convertirlos en un tema de interés popular.

El capítulo 3 marca el inicio del análisis de la política exterior de Thaksin, a partir del cual el autor ofrece diferentes ejemplos sobre cómo Thaksin utilizó la política exterior de Tailandia para satisfacer intereses personales, económicos o políticos. Para conducir este análisis, el autor reconoce dos dimensiones principales en la política exterior de Thaksin: la de las iniciativas internacionales y la estrategia para el desarrollo de ciertas relaciones bilaterales. El capítulo 3 examina detalladamente las cinco principales iniciativas internacionales impulsadas por el gobierno de Thaksin: el Diálogo de Cooperación de Asia, la Estrategia de Cooperación Económica Ayeyawady-Chao Phraya-Mekong, la firma de varios Acuerdos de Libre Comercio bilaterales, el Proceso de Bangkok y la candidatura de su viceprimer ministro, Surakiart Sathirathai, para secretario general de la Organización de las Naciones Unidas 2007-2011. Sin embargo, sólo los dos últimos casos (Proceso de Bangkok y candidatura de Surakiart a la Secretaría General de la ONU) son planteados convincentemente como ejemplos sobre cómo Thaksin obtuvo beneficios personales por medio de la política exterior de Tailandia. Al respecto, el capítulo 4 es más elocuente; en él, Chachavalpongpun analiza las relaciones bilaterales más importantes para Thaksin. Para ello, distingue entre dos zonas prioritarias en el mundo diplomático del primer ministro: la primera, integrada por sus vecinos inmediatos (Myanmar, Camboya, Laos y Malasia) y, la segunda, que incluye a otros vecinos de la región, India, Japón y Singapur, así como a las po-

⁶ De acuerdo con Chachavalpongpun, fueron estas cualidades de su política exterior las que permitieron a Tailandia escapar del colonialismo (p. 68).

tencias regionales principales: China y Estados Unidos (p. 162). De acuerdo con el autor, una de las características principales de la forma en que Thaksin condujo las relaciones bilaterales fue “su intención de oscurecer la línea entre los intereses nacionales y sus intereses privados” (p. 164). Así, este capítulo incluye una gran cantidad de ejemplos sobre cómo Thaksin utilizó la política exterior de Tailandia y su posición como jefe de Estado para beneficiar a algunas de sus compañías: “después de la primera visita de Thaksin a Yangon [la ciudad más grande y el centro comercial de Myanmar], el gobierno de Myanmar anunció que había arrendado un transpondedor⁷ adicional ThaiCom-3 para mejorar su capacidad de transmisión” (p. 166);⁸ “las últimas tres visitas de Estado de Thaksin a India estuvieron relacionadas con el cierre de un trato en el cual India rentó transpondedores a Shinawatra Satellite” (p. 215); “en el Acuerdo de Libre Comercio entre Australia y Tailandia, Thaksin aceptó abrir la industria ganadera, a expensas de los intereses de los granjeros tailandeses, a cambio de que Australia aceptara la apertura de las industrias de las telecomunicaciones y autopartes para beneficiarse con la entrada de su compañía Shin Satellite al mercado australiano” (p. 215). Si bien este tipo de ejemplos contribuyen a fortalecer el argumento de que Thaksin utilizó la política exterior de Tailandia como un medio para obtener beneficios personales, la forma en que son presentados es muy anecdótica y, la mayoría de las veces, carece de detalles técnicos que ayuden al lector a comprender plenamente el tipo de beneficios obtenidos por las compañías de la familia Shinawatra.

Además, en algunos casos, como los de Camboya y Laos, el autor sólo asume —es decir, no presenta evidencias— que Thaksin debió obtener algún beneficio personal en su acercamiento a dichos países debido a que posee dos compañías en

⁷ Aparato que emite una señal en una frecuencia determinada cuando se le solicita. Se encuentra en los convertidores de televisión satelital o en forma de chip en diferentes aparatos que utilicen radiofrecuencias.

⁸ Estos satélites de comunicaciones pertenecen a la empresa Shin Satellite, propiedad de la familia de Thaksin. Los satélites ThaiCom-2 y ThaiCom-3 han proporcionado servicios de telecomunicaciones (transmisión de televisión y servicios de teléfono e Internet) a Myanmar desde antes de que Thaksin se convirtiera en primer ministro (p. 166).

sus respectivos mercados de telecomunicaciones: Cambodia Shinawatra, que opera en Camboya desde 1997 bajo una licencia de 35 años (p. 171) y Lao Shinawatra Telecom, que opera en Laos desde 1994 con una concesión de 20 años (p. 181). Al respecto, cabe mencionar que otro aspecto que dificulta la comprensión de este fenómeno es la casi inexistente exposición de la estructura de los negocios y compañías propiedad de Thaksin y su familia. A menudo, el autor se refiere a Shin Satellite, Shin Corp y Shinawatra Satellite como algunas de las principales beneficiarias de los contratos que Thaksin negoció con otros gobiernos desde su posición como primer ministro; sin embargo, no ofrece información adicional sobre estas compañías, la relación que existe entre ellas y Thaksin, el tipo de productos que ofrecen y su posición en los mercados de Tailandia y de otros países de la región.

Para el capítulo 5, el autor abandona el análisis de los motivos personales detrás de la política exterior de Thaksin para concentrarse en discutir sus principales fallas. Señala que aunque podría definirse como populista y poco realista (p. 233), su error principal fue que careció de una plataforma o sistema que pudiera sostenerla política, económica y administrativamente en todo el país (p. 244). Esta crítica se extiende hasta la Conclusión, donde el autor señala que la política exterior de Thaksin era impresionante y ambiciosa en apariencia, pero llena de deficiencias en su trasfondo (p. 268). Debido a lo anterior, concluye: Thaksin no logró “reinventar Tailandia”, pero sí pudo “experimentar el sabor del liderazgo” (p. 277), aunque por un periodo breve.

En el Epílogo, Chachavalpongpun ofrece una reseña sucinta de las tendencias generales que ha seguido la política exterior de Tailandia después de Thaksin. Esta sección será de gran ayuda para quienes, a partir de la lectura de este libro, quedaron interesados en dar seguimiento al desarrollo de la influencia de Thaksin en la política exterior. Por otro lado, los lectores asiduos del tema, seguramente encontrarán en el Epílogo, así como en el resto de la obra de Chachavalpongpun, reflexiones, comentarios y distintos tipos de datos que les ayudarán a explorar nuevas líneas de discusión sobre la política exterior de Tailandia, la influencia de Thaksin en el escenario político

tailandés y las complejas relaciones que Tailandia sostiene con algunos de sus vecinos, como Myanmar y Camboya.

Sin lugar a dudas, la obra de Chachavalpongpun es un valioso análisis de la política exterior de Tailandia que permite al lector, especialmente al no familiarizado con el tema, aproximarse a la compleja estrategia internacional de Thaksin y, a la vez, conocer algunas de las tendencias históricas de la política exterior tailandesa. En cualquier caso, principiantes o conocedores de Tailandia, la obra de Chachavalpongpun será de gran ayuda para acercarse al personaje que, a pesar de haber sido derrocado por un golpe de Estado, continúa ejerciendo una influencia determinanty L e en el rumbo de Tailandia.⁹

ROSÁNGEL HERNÁNDEZ
El Colegio de México

⁹ Ejerce dicha influencia por diferentes medios, los principales son: su hermana, hoy primera ministra de Tailandia, y sus contactos ubicados en diferentes niveles de gobierno. Una breve reseña sobre este fenómeno puede encontrarse en: Thomas Fuller, "In Thailand, Power Comes With Help From Skype", *The New York Times*, 29 de enero de 2013. [www.nytimes.com/2013/01/30/world/asia/thaksin-shinawatra-of-thailand-wields-influence-from-afar.html?_r=0, consultado el 17 de marzo de 2013.]